

El ladrón del edificio Adival

Stefany Bolaños Madriz





www.loqueleo.com

Título original: El ladrón del edificio Adival

© 2016, Stefany Bolaños Madriz

© De esta edición:

2016, Santillana Infantil y Juvenil, S. A.

26 avenida 2-20, zona 14, ciudad de Guatemala. Guatemala, C. A.

Teléfono: (502) 24294300. Fax: (502) 24294343

ISBN: 978-9929-723-34-4

Impreso en:

Primera edición: abril de 2016

Este libro fue concebido en La factoría de historias, un espacio de creación colectiva que convocó a un grupo diverso de escritores e ilustradores y que fue coordinado por **Eduardo Villalobos** en el Departamento de Contenidos de Editorial Santillana. Luego de las discusiones, cada autor se encargó de dar forma al anhelo y las búsquedas del grupo.

El ladrón del edificio Adival fue escrito por **Stefany Bolaños Madriz** e ilustrado por **Juliet Méndez**. La gestión y coordinación creativa estuvieron a cargo de **Alejandro Sandoval**. Los textos fueron editados por **Julio Calvo Drago**, **Alejandro Sandoval**, **Julio Santizo Coronado** y **Eduardo Villalobos**. La corrección de estilo y de pruebas fue realizada por **Julio Santizo Coronado**. Diseño de cubierta: **Juliet Méndez**. Coordinación de arte y diagramación: **Sonia Pérez**.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

El ladrón del edificio Adival

Stefany Bolaños Madriz

Ilustraciones de

Juliet Méndez

loqueleg

Acontecimientos misteriosos empezaron a causar preocupación entre los inquilinos del edificio Adival. Algunas de sus pertenencias, las más preciadas, comenzaron a desaparecer una por una. El ladrón cubrió muy bien sus huellas y no dejó rastro. ¿Quién es el culpable?

Conoce a algunos inquilinos del edificio Adival

Don Radamento - Piso 8

- Es un apasionado del tiempo y disfruta de contar los segundos que dura el fulgor de las estrellas
- Su objeto preferido es un reloj dorado de bolsillo
- Si hay algo que lo asuste es que no le alcance el tiempo
- Su sueño no cumplido es ir de safari

9

Vicky - Piso 4

- Es fanática de las bicicletas y cuando sea mayor quiere viajar en bici al Amazonas
- Le gusta el olor de la pintura de acuarela y la textura de los crayones pastel
- Siempre viste blusas de colores
- Lleva las manos manchadas de pintura todo el tiempo

Pedro Puentes - Piso 11

- Trabaja con don Radamento
- Le gusta inventar historias y comer crema de cacao con avellanas
- Está convencido de que don Radamento juega con el tiempo
- Viste una camisa blanca y una chaqueta azul a la que le falta un botón, y nunca se amarra las cintas de los tenis

Don Segismundo - Piso 9

- Es un perseguidor de sueños
- Gracias a sus sueños, tiene varias profesiones: saltador, aviador, violinista, cazador de cocodrilos, escritor de medio tiempo, rapero y hormiga
- Conserva el récord nacional de salto alto
- Le gusta beber café negro con pan de manteca

Doña Polenta - Piso 9

- Está casada con don Segismundo
- Es muy tímida y usa lentes de sol dentro de la casa

- La llaman Poli de cariño
- No le gustan las galletas de chocolate ni el tráfico

Don Félix - Conserjería (sótano)

- Nació en Sololá
- Se despierta a las tres de la mañana y se duerme a las cinco de la tarde
- No le gusta el polvo del ascensor ni el gato de doña Petunia (la anciana del seis)
- Su verdadero nombre es Camilo Humberto Arenas de la Mar

11

Martín - Mensajero

- Vive despeinado y feliz
- Tiene dos hermanas: Martina y Maruca
- Colecciona polvo de estrellas fugaces
- Compró su bici con lo que ahorró durante dos años vendiendo helados

María Emilia Estévez del Campo Centenal - Piso 1

- Tiene 101 años
- Aunque está amargada, le gustan las

películas de Harry Potter y la pizza con doble queso

- Contrató a Nicoleta como enfermera personal, pero en realidad lo hizo para platicar con alguien una vez a la semana
- Cocina un delicioso caldo de gallina

12

Nicoleta - Piso 1

- Es la enfermera de doña María Emilia Estévez del Campo Centenal
- Estudió medicina, pero su verdadera vocación son las letras
- Una vez atendió en el hospital a una niña que tuvo un ataque de felicidad
- Le gustan los chicles de menta y los partidos de futbol

Luciano Lorenzo - Piso 3

- Aunque es adulto, todavía es muy joven
- Está enamorado de María Popova, a quien nadie conoce
- Tiene un exitoso negocio de luciérnagas
- Tiene tres pequeños lunares que parecen un bichito

Antonella - Piso 2

- Le gusta el guacamol, los libros de historia y la arena del mar
- Vive en el edificio Adival con su madre; el resto de su familia vive en el campo, adonde le gustaría mudarse, además de viajar a la Luna
- Colecciona crayones azules
- Le gusta ser parte de los Cazadores de Luz (aunque aparente lo contrario)

13

Alf - ¿?

- Nadie sabe qué hace en el edificio Adival
- Es fanático de las matemáticas (aunque perdió la materia en la escuela)
- Le gustan los charcos, los carritos chochones y las pecas de Antonella
- Cuando se ríe se le salen las lágrimas

Flores - Piso 12

- Usa vestidos estampados con flores
- Es científica y disfruta de hacer preguntas
- Solicitó una beca para viajar a Marte

- Le gusta inventarle historias a la gente mientras va en el autobús

Ignacio Rionevado - El campo y el piso 1

- No le gusta que le digan Nacho
- Le dio la vuelta al mundo en 13 días
- Conoce de memoria los nombres de todas las constelaciones y de las estrellas
- Cuando era niño le dijeron que nunca sería un buen corredor, pero ganó la maratón de Pontiblum y estableció una marca de tiempo

14





1

**EL VIEJO
QUE PERDIÓ SUS
SUEÑOS**

El viejo que perdió sus sueños

Aquel día, todo era caos en el edificio Adival, situado en la esquina opuesta a la heladería del centro. Todo empezó con don Segismundo, el anciano del piso nueve. Jamás imaginé que yo encontraría al responsable treinta días después. Déjenme explicarles en detalle.

19

Comencemos con don Segismundo. Él tiene una habilidad muy particular: siempre recuerda lo que ha soñado. No se trata de poder mágico ni de capacidad adivinatoria. Simplemente goza de la dicha de ser capaz de recordar con lujo de detalle todo lo que ha soñado la noche anterior. Además, se toma sus sueños muy en serio, por lo que se dedica a perseguirlos.

Cierta vez, don Segismundo soñó que ganaba la competencia de salto de altura en las Olimpiadas. A la mañana siguiente, con una

férrea determinación que nadie pudo arrebatarse, sacó del armario sus viejos tenis para correr, se enfundó en una licra multicolor fosforescente, como las que usaban los atletas de sus años juveniles, y se fue a la pista del estadio para reproducir la secuencia del salto que había soñado.

20 Es claro que el primer intento terminó en un gran bochorno, porque don Segismundo ya tenía sus años encima; así que cuando intentó arquear su cuerpo, cayó sobre el listón y se fue directo a la colchoneta, donde quedó tendido en una graciosa posición, con las piernas sobre la cabeza. Pero como sus sueños nunca lo engañan, volvió a intentarlo una vez más. Bueno... *unas cuantas* veces más. ¡Y lo logró! Para el final del día, el flacucho de don Segismundo se elevaba por los aires con una gracia indescriptible y su pequeño cuerpo caía con elegancia sobre la colchoneta.

En otra ocasión, don Segismundo soñó que era aviador. A la mañana siguiente, se despertó emocionado. Se inscribió en la Academia Profesional de Vuelo, y, a los pocos días, contra todo pronóstico, surcaba los cielos de Pon-

teverde, acompañado solo por un paracaídas que se le ocurrió llevar en caso de emergencia. Por eso se puede decir que don Segismundo confiaba en sus sueños tal como un aficionado al fútbol confía en su equipo: de manera ciega y apasionada. Solo que don Segismundo era aún más tenaz.

Pero allí no queda la historia de don Segismundo. Ha habido verdaderas rarezas en la vida onírica de don Segismundo, ya que en una ocasión soñó que era una hormiga. ¡Sí, una hormiga! Don Segismundo enfiló el sendero hacia el patio situado en el frente del edificio, sin dejar de examinar a *las otras* hormiguitas detenidamente ni de recolectar migajas por aquí y por allá. Todos pensaron que aquello era un disparate, pero a mí me pareció muy divertido. ¡Debe de ser interesante vivir, aunque sea por un día, como lo hacen las hormigas!

Don Segismundo había soñado para entonces muchísimas cosas más: que era violinista, cazador de cocodrilos y escritor de medio tiempo. Sin embargo, creo que el más divertido de sus sueños fue ser cantante de rap. So-

bra decir que cada vez que esto sucedía seguía el mismo patrón luego de despertar: repensar su sueño una y otra vez para no olvidar los detalles, y entonces empeñarse en hacerlo realidad a como diese lugar.

22

Sin lugar a dudas, soñar tiene algo de mágico. Si lo haces con suficientes ganas, y lo crees con todo tu corazón, los sueños se convierten en realidad. Yo creo que don Segismundo se volvió un experto en eso. Es como meter la masa en el horno y después sacar un delicioso pastel. Así, don Segismundo metía en el horno sueños y en el momento oportuno extraía de él bellas realidades. Siempre creí que eso era solo para los expertos, pero con el tiempo caí en la cuenta de que todos somos capaces de hacerlo.

Ahora bien, cierto día todo fue muy diferente para el bueno de don Segismundo. Eran las seis de la mañana cuando un grito de desesperación estremeció el edificio entero. Todos despertamos alarmados. De inmediato, nos encontrábamos en los pasillos con cara de susto, intentando entender lo que había sucedido. El alboroto provenía del piso nueve

y se debía a que don Segismundo era incapaz de recordar lo que había soñado.

Después de barajar posibilidades y descartarlas, beber su taza de café amargo y repasar cuidadosamente su rutina, solo descubrió lo que ya sabía: que no había hecho nada de manera distinta. Así que solo quedaba una explicación plausible: a don Segismundo le habían robado sus sueños. Era inconcebible que de la noche a la mañana todas esas imágenes desaparecieran en un rincón de su memoria, especialmente porque llevaba casi 72 años continuos de despertar y recordar todo con exactitud, desde que tenía cuatro años de edad.

En fin, aquel día fue de enorme conmoción. Todas las familias del edificio se turnaron para visitar a don Segismundo con el propósito de reconfortarlo. Para terminar de dar al traste con todo, ese día se averió el ascensor. Así que todos subían y bajaban por las gradas cuchicheando. Debido a que la mayoría de los inquilinos se habían acostumbrado a emplear el ascensor, se detenían a medio camino para tomar el segundo aire y seguir subiendo. Pero

claro, nadie lo admitía, pues simulaban atarse los cordones de los zapatos.

24

Tomaré yo misma un descanso y les contaré algo más sobre el edificio Adival. Este tiene trece pisos; catorce si contamos la terraza, y en cada uno vive una familia (aquí, los chismes vuelan). Muchas generaciones han pasado por este lugar de asimétrica estructura construida de cemento y pintada de un color raro que ya nadie distingue muy bien. Como el edificio es tan viejo, algunas tuberías están a la vista. Curiosamente, el día del fatídico incidente se veían más regordetas. Podría haberse debido a que los sueños de don Segismundo habían tratado de escapar por ahí, directo a la calle principal y al centro de Ponteverde. No obstante, descarté pronto la idea, ya que dentro de las tuberías los sueños no podrían respirar.

Las gradas de la entrada del edificio Adival también estaban un poco estropeadas. Solemos saltar por encima del décimo escalón, porque está flojo y nadie querrá irse de largo y caer en medio de la nada. Además, la chimenea lleva cinco décadas sin funcionar. ¿Hay algo que funcione en el edificio Adival? ¡Sí, el

recibidor! Este es un cuartito con libros que donamos y prestamos todos los que vivimos en el edificio.

El día que ocurrió la tragedia, incluso don Félix, el conserje, dejó su escoba para ofrecerle consuelo al pobre de don Segismundo. Pero este, angustiado, no dejaba de dar vueltas en su pequeña habitación, quitándose y poniéndose las pantuflas floreadas y buscando sospechosos debajo de la cama, en el ático, ¡y hasta entre las migajas del pan! «Debe de ser la edad», oí decir a algunos adultos que susurraban en el pasillo del piso nueve. «A la larga, talvez sea lo mejor. Al menos para terminar con tanto disparate», escuché que decía Enriqueta, la viuda del piso cinco.

Lo cierto es que todos los adultos fingían lamentarse, pero yo me daba cuenta de que lo que en realidad hacían era agarrar sándwiches y limonada del azafate que doña Polenta pasaba con solicitud y hospitalidad. Doña Polenta es muy tímida y callada. Su piel es muy blanca y su cuerpo tan delgado como un fideo. Sus pies casi no hacen ruido cuando tocan el suelo. Aquel día, parecía flotar como una sá-

bana en medio del gentío. Había preparado una merienda para los que visitaban a su esposo, y después se había marchado a la recámara, como si no la perturbara mucho lo que sucedía. Sin embargo, noté que doña Polenta no dejaba de moverse: levantó el edredón de la cama, corrió las cortinas, reacomodó los zapatos y abrió todos los libros que descansaban en su repisa. Al menos la esposa de don Segismundo ayudaba al pobre hombre a buscar lo que había perdido.

Como mencioné, aparte de doña Polenta, a nadie pareció importarle mucho que don Segismundo olvidase lo que había soñado. Después de visitarlo, comer panecillos, beber limonada y hacer uno que otro chiste, cada quien volvió a lo suyo. El ascensor funcionó otra vez y todos regresaron a sus apartamentos. Nadie habló más de lo sucedido. Al menos no por un buen tiempo. Hasta que desapareció Elena.

2

**EL
MISTERIOSO
VIAJE DE ELENA**



El misterioso viaje de Elena

Vicky tiene dieciséis años, es hija única y vive con sus padres en el piso cuatro. Viste blusas coloridas y siempre tiene las manos manchadas de pintura. A decir verdad, todos en el edificio la envidian un poco. No es ningún secreto que, hace muchos años, una persona muy importante vivía en el mismo piso de Vicky. ¿Que cómo lo sé? ¡Todos en el vecindario lo saben! El piso cuatro de nuestro edificio estuvo ocupado durante breves pero productivos cuatro meses por nada más y nada menos que Osamu Tezuka, un japonés que siempre llevaba puesta una boina. Este se hizo famoso por ser capaz de leer un libro de 300 páginas en —¡imagínenlo!— diez minutos.

Pero eso no es todo. Se dice que dibujó algunas de sus mejores ilustraciones en el piso de Vicky; sobre una pequeña mesita situada

frente a la ventana sin vista al bosque ni al horizonte, sino al edificio color verde moco que a alguien se le ocurrió construir en medio de la ciudad. Ahora bien, el punto es que si alguien tan famoso había vivido alguna vez en su apartamento, algo de su talento se le tenía que pegar. O al menos eso opinaba todo el mundo.

32

Cuando cumplió cuatro años, hace más de diez, Vicky garabateó un dibujo en la pared de la cocina. Justo ese día, su tía Lupe llegó de visita después de un viaje de cuatro meses por Centroamérica. Traía el pelo enmarañado, teñido con rayos azules, y llevaba en las muñecas por lo menos unas veinte pulseras de colores y unos tres anillos en cada dedo. Al ver que su sobrina había pintarrajeado toda la pared blanca con marcadores permanentes, la tía Lupe sonrió satisfecha y exclamó: «¡No me cabe duda de que esta niña será una gran artista! Debe de ser algo en estos aires». Y así, Vicky creció creyendo que sería una artista de gran renombre, lo que sus padres se encargaron de recordarle cada día.

Cada tarde la sentaban ante la mesita del comedor, de dos a cuatro, para que la pequeña

practicara sus técnicas pictóricas. Y en cada cumpleaños le regalaban una cajita de crayones pastel, unas témperas o algunas acuarelas. A decir verdad, Vicky lo intentaba. Pero lo cierto es que con el tiempo comenzó a aburrirse. Quería algo diferente para sus cumpleaños. Tal vez un tablero de ajedrez ¡o una bicicleta! El mayor problema fue que el rumor de su *talento* heredado de Osamu se dispersó por el vecindario y llegó hasta la escuela. La maestra de arte siempre estaba muy atenta a lo que Vicky dibujaba, y ponía a su disposición los mejores pinceles: esos grandes y gordos que guardaba bajo llave en un mueble gris que nadie más podía abrir.

33

Pero la pobre Vicky soñaba con algo distinto. Cuando sus padres no estaban en casa, abría la ventana frente a la mesita (la misma que da al edificio verde moco) y suspiraba viendo hacia la calle: el ruido, la gente, el viento. La rutina era invariable, la misma de todos los días. Hasta ese jueves cuatro de abril, cuando alguien llamó a la puerta.

Era Martín, el mensajero. A Vicky le gustaba espiarlo cuando entregaba paquetes en el

edificio. Martín llegaba siempre con aires de libertad, envuelto en una nube que lo mantenía fresco en medio del tráfico, el ruido de la ciudad y el saco en el que transportaba la correspondencia. Todo el tiempo estaba despeinado, y parecía siempre feliz. Había algo atractivo en ese aire de desenfadado que seguía al muchacho a donde fuera, y Vicky creía entender por qué.

Alguien llamó a la puerta.

—Hola Vicky. ¿Está tu papá en casa?

Hubo silencio...

—¿Vicky?

Vicky reaccionó después de unos segundos.

—Ah, hola Martín. Papá no está en casa. ¿Le traes correspondencia?

—No, no es eso —dijo Martín un poco acelerado, y no con su enorme contento habitual—. Se trata de Elena.

—¿Está todo bien?

—De hecho, no. La noto rara, pero no estoy seguro del porqué.

Elena era delgada y ágil. Tenía el don de sortear obstáculos en medio de la gente y el bullicio. Se las arreglaba para ir por la vida a

pesar de las dificultades. Era una viajera de corazón, quien gustaba de la aventura y de recorrer caminos nuevos. Además, era la razón por la que Vicky esperaba a Martín todos los días. Porque Elena era una bicicleta.

Vicky pensó que esta sería su oportunidad para *conocerla mejor*.

—Déjame ayudarte —le dijo a Martín—. Tal vez yo pueda hacer algo.

35

Martín la vio con incredulidad, pero tenía otros paquetes que entregar, así que si Elena no reaccionaba pronto, tardaría el triple de tiempo en hacerlo.

Descendieron al sótano del edificio. Vicky se arrodilló junto a Elena para verla más de cerca. Después de examinarla, Vicky dijo en voz baja, casi como si estuviera hablando consigo:

—Creo que le pasa algo al buje de la rueda trasera. Tal vez eso crea problemas con los cambios—. Martín la vio con fijeza.

—¿Cómo dijiste?

Pero entonces, Vicky le respondió con otra pregunta:

—¿Me dejas probarla?

Vicky parecía saber lo que hacía, así que Martín accedió a su petición.

36

Sin dejar de prestar atención a todo lo que oía, Victoria se encaramó de un brinco a la bici. En ese momento de enorme alegría, Vicky se dibujaba un mapa mental de cómo funcionaba cada parte, ella en perfecta sintonía con toda la bicicleta: el ritmo del pedaleo, la velocidad, el viento... Fueron minutos gloriosos. No hay mejor manera de sentir el viento y ese silencio particular en medio del ruido que cuando se va en bicicleta. Vicky le dio una vuelta a la manzana imaginando, con toda seguridad, que aquello a lo cual llaman libertad era similar a esto. En la vía (¿o vida?) había señales de tránsito, carriles y otras instrucciones; pero, al final, ella decidía por qué camino enfilar. Y eso era verdaderamente maravilloso.

Después de dar una vuelta a la cuadra, Vicky le dijo a Martín que ella podía reparar a Elena. Solamente necesitaría unas cuantas llaves de tuercas que podía pedir prestadas a don Félix. Él tenía de todo en el cuarto del conserje, desde plumeros, hasta martillos, pasando por

limpiadores, un botiquín para urgencias, discos, donas, patinetas y pajarillos. Seguramente habría también llaves de tuercas.

No obstante, había un problema: el reloj marcaba las dos. Hora de la práctica de dibujo. Vicky pensó que quizá podría reparar la bici lo suficientemente rápido como para que le diera tiempo de subir antes de que llegara su papá. Y así, rompiendo con casi ocho años de tradición y rutina, ese legendario jueves cuatro de abril Vicky no supo de lápices ni de pinceles, lienzos o crayones. En vez de eso, se echó la capucha de la sudadera sobre la cabeza y bajó hacia el sótano del edificio Adival.

Reparar a Elena resultó más fácil de lo esperado. Vicky nunca había tenido una bicicleta, pero se familiarizó rápido con las piezas: válvulas, palancas, horquillas, cadenas de transmisión... En cuestión de minutos, la bici funcionaba igual que antes, y Martín, más sorprendido que nunca, apenas pudo agradecer emocionado que Elena hubiera recuperado su rapidez y estabilidad.

Frente al edificio Adival, cuando Martín estaba a punto de salir, vio a Vicky y le dijo:

—¿Sabes una cosa, Vicky? El fin de semana no tengo turno en la Oficina de Correos. ¿Qué te parecería quedarte con Elena hasta el lunes? Si quieres, puedo traértela después de repartir los últimos paquetes.

Pletórica de emoción, Vicky aceptó sonriente. En ese mismo instante, la ventana de uno de los pisos más altos del edificio se cerró de golpe. Tal vez fue el viento, o que el edificio acababa de hacerle un guiño de complicidad a Vicky. Ella lo tomó como un buen augurio. Empero, por el contrario, un gran problema se avecinaba. El domingo, apenas dos días después, cuando Vicky cruzó el pasillo, dobló en el vestíbulo de la entrada del edificio, pasó frente al cuarto de la consejería y bajó las gradas al sótano principal, Elena ya no estaba.

* * *

Más tarde, ese mismo día, un gran alboroto se armó en el edificio. Todos conocían a Martín, el diligente repartidor del correo de lunes a viernes. Por consiguiente, también conocían a Elena, su fiel compañera.

Los papás de Vicky estaban sumamente irritados por la idea de tener que pagar la bicicleta extraviada, pero mucho más por haber sido engañados por su propia hija, quien les había desobedecido y paseaba en bicicleta cuando debía estar dedicada a sus dibujos.

Vicky se volvió de inmediato la comidilla de los adultos del edificio Adival: «Qué niña tan maleducada». «Dejó al pobrecito de Martín sin bicicleta». «¿Quién será el ladrón que acecha el edificio?». «Cuánto costará una bicicleta de esas...». Mientras los adultos chachalqueaban, Vicky se sentía más y más devastada. Lo sé, porque don Félix me lo contó. Después del incidente, la vio pasar frente al cuarto de la consejería, bañada en lágrimas. Más que molesta o preocupada, parecía profundamente desilusionada. Vicky se sentó en las gradas (que los adultos nunca usan, excepto cuando no funciona el ascensor), y se quedó ahí por un buen tiempo.

—Recién me enteré de lo que pasó —dijo una dulce voz a sus espaldas.

Se trataba de Nicoleta, la enfermera de la señora Estévez, quien llegaba al edificio to-

dos los viernes y domingos para cuidar a doña María Emilia Estévez del Campo Centenal, una señora de 101 años que vivía en el primer piso.

—Tranquila, mi niña, que esos son solo accidentes. Agradezca que solo fue una pérdida material. Esas cosas se recuperan.

40

Vicky la vio con fijeza. Se habían hecho amigas unos meses antes, cuando se cruzaron en la puerta del edificio. Ese día, Vicky le preguntó a Nicoleta cómo era eso de ser enfermera. «Te permite apreciar más el tiempo», fue la respuesta que le dio. Pero ahora, en medio de la conmoción producida por la desaparición de Elena, el consejo de la enfermera no consolaba a Vicky. «Agradezca que solo fue una pérdida material. Esas cosas se recuperan». ¿Qué era todo eso? Hasta para mí es un consejo difícil de entender, y eso que leo muchos libros y uso palabras sofisticadas como «aglomeración» y «pintoresco».

¡La de Vicky no *solo* había sido una pérdida material! Claro que esa no es más que mi opinión. Al final, castigaron a Vicky por desobediente, y sus papás la obligaron

a trabajar en la tienda del señor Radamento para que se agenciara el dinero que le permitiese comprar otra bicicleta.



3

**QUINCE
SERPIENTES,
TRES
PERROS
BRAVOS Y UN
MONO
AULLADOR**



Quince serpientes, tres perros bravos y un mono aullador

Don Radamento, quien vive en el piso ocho, tiene una relojería en el local diez de la Plaza Descartes. Es un hombre muy pulcro, que siempre viste de traje y corbata y que, además, ejerce un control impecable del tiempo. Don Radamento tiene una particular manía, y es que se la pasa contando los segundos: mientras espera que se caliente el agua para el café, mientras sale el pan del tostador, mientras ve la televisión, mientras lee el periódico, incluso mientras habla con sus clientes.

A pesar de la rareza de tal hábito, don Radamento se enorgullece de él, «porque vida solo hay una, y el tiempo es dinero», afirma. Nunca he entendido eso de que *el tiempo es dinero*. El tiempo no se ve, no se puede tocar, no se puede intercambiar y tampoco se guarda en una billetera. Pero, en fin, los adultos son

así y sus frases son extrañas e incompresibles, parecen pensadas para no entenderlas.

46

Para don Radamento, los humanos de carne y hueso, como quienes vivimos en el edificio Adival, somos como un reloj: funcionamos como una máquina compleja y precisa. Más o menos esas fueron sus palabras cuando lo escuché explicarlo en el recibidor del edificio. ¿Cuál creen que es el objeto preferido de don Radamento? ¡No se han equivocado! El reloj de bolsillo que lleva del tingo al tango y que revisa cada 43.2 segundos exactos.

Las campanitas de su tienda sonaron dos veces. Eran las ocho en punto de la mañana.

—Hola Vicky —saludó a la niña sin levantar la mirada de su reloj—. Me enteré de que me ayudarás por unas semanas. Entonces, ¡no hay tiempo que perder! Deja esa mochila sobre la silla y ven, que de inmediato te enseñó cómo funciona todo por aquí.

Vicky colocó su mochila en el lugar que don Radamento le había indicado y se acercó a él un poco asustada. Y es que, a decir verdad, el hombre sí tiene algo que intimida. Es alto y flaco, y se embadurna el cabello con gel, lo

cual hace que le brille la cabeza como si fuera un piso encerado.

—¡A ver, niña! ¡Pasos más veloces, que tenemos el tiempo contado! —le dijo él para apresurarla—. Los relojes se tratan con delicadeza; pero lo que más importa aquí es la precisión. Si una sola pieza del reloj se arruina, todo se echa a perder. ¡Así que presta mucha atención a los detalles!

Vicky agachó la cabeza.

—Déjame explicarte, Victoria —le dijo el buen hombre amante de los segundos—. El tiempo solo es uno. No se puede dividir, no se puede multiplicar, no lo puedes sumar ni restar. Es un solo número. Y si quieres hacer algo de tu vida, tienes que aprovecharlo.

—¡Cómo que es solo un número! —respondió Vicky desconcertada—. El tiempo tiene segundos, minutos, días, semanas, meses... Yo veo que son muchos números, ¡y que van para laaaargo!

—Eso es lo que creen todos —dijo don Ramento con voz solemne—. Todos creen que el tiempo abunda, que más adelante se conseguirá más de él, y que nunca se terminará.

Pero déjame decirte que eso no es cierto. El tiempo es muy escaso, cada vez se tiene menos, y ¡por supuesto que se acaba!

—¿Es por eso que tiene tantos relojes para controlarlo? —preguntó Vicky—. Sin embargo, don Radamento ignoró esa pregunta.

48

—El tiempo también es moldeable. Tú haces de él lo que tú quieras. Puedes vivirlo, disfrutarlo, perderlo... o ignorarlo. Pero está ahí. Y como muy pocas cosas en la vida, si lo pierdes, ya no lo puedes recuperar. ¡Así que manos a la obra!

—¿Y a dónde se va el tiempo perdido? —dijo Vicky queriendo escuchar más—. Don Radamento lanzó un triste suspiro.

—Tengo que seguir trabajando —le dijo—. Y tú también.

Aunque don Radamento es un hombre muy solitario, tiene otro ayudante en la tienda. Uno de mis mejores amigos del edificio Adival: Pedro Puentes. Pedro colecciona caracoles de mar y siempre viste una camisa blanca y una chaqueta azul a la que le falta un botón. Además, le encanta contarnos historias de la relojería del local diez. Nosotros solo le cree-

mos la mitad de lo que dice, pero siempre es interesante oír los cuentos que inventa. Según Pedro, el señor Radamento guarda su valioso reloj de bolsillo en una pequeña cajita fuerte que se encuentra al fondo de su habitación, en el piso ocho del edificio Adival. Él asegura que su caja es resguardada por un nido de serpientes venenosas, tres perros bravos y un mono aullador. Nosotros no le creemos, por supuesto, porque nunca hemos visto tales animales ni hemos escuchado ladridos o aullidos que provengan de su apartamento. En fin... Pedro es muy divertido. Y aunque nos dobla la edad, parece uno de nosotros.

49

Mientras Vicky limpiaba cuidadosamente las pulseras plateadas de los relojes, se escuchó un ruido.

—Psst, psst... ¡Vicky!

Vicky se volvió sin dilación, pero Pedro se le acercó sin que lo notara. Y cuando estaba a su lado, le dijo:

—Vas a sentir que un día de trabajo aquí parece como dos semanas. Pero es normal; tengo la sensación de que don Radamento juega con el tiempo.

Vicky se echó a reír tapándose la boca con una mano, para que el jefe no los descubriera.

—Ya he oído tus historias antes, Pedro —le dijo, y siguió limpiando los relojes.

50 Ese día, Vicky limpió las pulseras de ciento treinta y nueve relojes, ajustó la hora de setenta y seis, colgó once relojes de pared y atendió a trece clientes. Cuando notó que uno de los relojes marcaba las 8:17, Vicky volvió a chequear. Pero entonces lo hizo en otro de los muchos relojes. Para su sorpresa ese también marcaba las 8:17. «Tal vez sean las agujas», pensó en voz alta. Entonces, revisó uno de los relojes digitales, un reloj de cuco, un reloj de salón, un reloj de péndulo..., y se fue corriendo al jardín trasero a compararlos con un reloj de sol. Todos indicaban lo mismo. Eran apenas las 8:17 de la mañana.

Doscientos setenta y tres relojes después, por fin dieron las doce del mediodía. El castigo de Vicky solamente incluía trabajar medio tiempo. Así que agarró su mochila, se despidió de Pedro y de don Radamento, y salió de manera precipitada por la puerta, haciendo sonar más de seis veces las campanitas.

—Al fin... —dijo con un gran suspiro mientras cruzaba la calle, de vuelta al edificio.

Pero cuando llegó a su casa algo extraño ocurrió.

—Vicky, ¿qué haces aquí? —preguntó su mamá—. Hija, sé que esto no es lo que esperabas de tus vacaciones, pero tienes que cumplir con el castigo.

—Pero mamá, ya son las doce y cuarto —respondió Vicky con desgano.

—Hija, son apenas las nueve de la mañana. No trates de engañarme y vuelve a la tienda de don Radamento de inmediato —dijo bastante molesta.

Vicky vio el reloj de la cocina. Tenía las nueve en punto.

Cabizbaja y confundida, Vicky bajó las gradas para volver a la Plaza Descartes. En esas estaba cuando las luces del edificio comenzaron a parpadear. ¿Quién estaba intentando asustarla? Vicky apretó el paso, y cuando llegó al primer piso, una gran cantidad de radiopatrullas y de policías rodeaban el edificio Adival. También había algunos detectives que tomaban notas y entrevistaban a los peatones.

Vicky se abrió espacio entre la gente, y gracias a que era pequeña y delgadita no le resultaba muy difícil. La gente se aglomeraba enfrente del edificio, con la intención de saber qué sucedía. Los policías intentaban infructuosamente despejar el área. Los inquilinos del Adival bajaron enseguida de sus apartamentos.

—¡¡¡Aaahhh!!!

Un prolongado grito de desesperación se escuchó entre la multitud. Vicky se apresuró, moviéndose de un lado a otro y sorteando a los adultos en el camino. Toda la gente formó un círculo alrededor de quien había gritado. Cuando los agentes de la Policía pudieron abrirse paso entre el gentío, amartillaron sus armas. Con toda seguridad no olvidarían jamás lo que vieron: quince serpientes venenosas se arrastraban por encima del vendedor de pizzas de la esquina, mientras el pobre hombre, arrojado sobre el suelo, pedía auxilio a gritos.

Al ver la espantosa escena, todo mundo corrió. Lamentablemente, algunos no fueron afortunados, pues tres enormes y bravos pe-

rros comenzaron a perseguir a quienes huían. Más gritos se escuchaban a lo lejos. Algunos aseguraban que se trataba de quienes eran rodeados por más serpientes, pero otros afirmaban que no era más que un mono aullador. Fuese como fuese, en el edificio Adival imperaba el caos. Y en medio de gritos, alaridos, ladridos y aullidos, serpientes, don Félix, perros, policías, vendedores, peatones, mono, detectives y Vicky, quien aturdida observaba todo, don Radamento subió al piso ocho, entró en su habitación, abrió su caja fuerte y bajó hasta el primer piso empapado en sudor.

—¡Se han robado mi reloj de bolsillo! —exclamó.

En el reporte policíaco, un detective escribió lo único que desapareció tras el robo: «Pérdida de tiempo», y firmó el papel.



4

**EL DÍA QUE
ENCONTRAMOS
UN ATAÚD
EN NUESTRO JARDÍN**



El día que encontramos un ataúd en nuestro jardín

Luciano Lorenzo tiene en una mejilla tres lunares en forma de bichito. Además, se dedica a coleccionar luz. Sí, *luz*. Cada año atrapa luciérnagas en las noches calurosas de verano y las guarda en botecitos con hoyuelos para que entre el aire y así puedan respirar. Fabrica sus propias lámparas y las vende por 75 centavos a los niños que le temen a la oscuridad.

Luciano empezó a dedicarse a este oficio debido a su propio miedo. Cuando era pequeño le tenía pavor a la oscuridad, lo cual es comprensible porque en el piso tres, donde él vive, se queman los focos a cada rato. Nadie puede explicar el porqué. Eso no sucede en el resto del edificio.

Recuerdo muy bien el día cuando se le ocurrió la idea de atrapar a la luz. Estábamos jugando con la pelota en el jardín y empezó a

oscurecer. Acto seguido, los gritos de las mamás: «¡Entren ya!»; «¡Ya está lista la cena!»; «¡Estas no son horas para seguir jugando!». El reflector del jardín, situado en el primer piso del edificio, se había quemado desde hacía tiempo, y nadie se había tomado la molestia de arreglarlo. Don Félix insistía en que no tenía escalera, y los adultos nunca iban al jardín de todas formas.

Cuando cayó el sol, unas manchitas de colores comenzaron a iluminar el jardín. Luciano se distrajo viéndolas, y aunque intentó atrapar algunas, no pudo. Entonces, retó a los demás: quien atrapara más luciérnagas ganaría el juego. Con el tiempo, se le ocurrió que podría venderlas; así que nos pagaba 25 centavos por cada tres luciérnagas que le llevaramos. También les pagaba 20 centavos a los que atraparan babosas y caracoles (porque el botecito de luz incluía la comida para las luciérnagas).

Su negocio se hizo muy rentable, pues en nuestro edificio hay varias familias con niños pequeños. Son chicuelos de cuatro o cinco años que desean una lámpara para vencer sus

miedos. ¿Cómo podían pagarle a Luciano si no tenían los 75 centavos? Bueno, si sus papás no les daban el dinero, Luciano aceptaba dos caramelos y un dulce chicloso. Ahora bien, si se trataba de la hija de doña Crocanti, entonces aceptaba un pedazo de pastel.

Los adultos no sabían nada de esto, por supuesto. El único que se enteró fue don Félix, el día que Luciano dejó caer accidentalmente un frasco en las escaleras. Don Félix lo ayudó a limpiar los pedacitos de vidrio; no obstante, cuando vio salir a las luciérnagas, guardó silencio y siguió su camino.

Luciano guardaba los frasquitos en la parte inferior del ropero, dentro de una gaveta que nadie más abría. Luego los vendía según la demanda. Al principio, todos estábamos un poco celosos, pues el pequeño Luciano comenzó a ahorrar. Pero luego nos dimos cuenta de que también nos convenía. Si lo ayudábamos a atrapar luciérnagas, lombrices, babosas o caracoles, igual ganábamos un porcentaje pequeño aunque interesante de sus ingresos, y nos alcanzaba para comprar una chuchería en la tiendita de la escuela, o un helado en el centro.

Junto a Pedro, Vicky, Luciano y otros amigos, hicimos del negocio de las luciérnagas una campaña de diversión. Incluso Antonella, la del piso dos, quien siempre andaba re-funfuñando, se unió a los Cazadores de Luz, como nos hicimos llamar.

60 De Antonella no les he hablado antes, pues no hay mucho que se pueda decir de ella. Le gusta el guacamol, los libros de historia y la arena del mar. Contrario a todos en el edificio Adival, la familia de Antonella vive lejos de aquí. Sus tíos viven en el interior, donde abundan las aventuras y las historias; y ella siempre dice que se aburre en la ciudad. Pero si dejamos a un lado sus quejas, Antonella puede ser divertida, y hasta un poco bonita... Yo diría que brilla con luz propia, como las luciérnagas que perseguimos con tanto empeño.

Algunas luciérnagas prenden sus foquitos cuando las demás lo hacen. Pero hay otras que se encienden lejos del resto. Y esas son las más bellas, porque no siguen al montón y llenan de luz los rinconcitos donde solo existen sombras. Pero solo quienes se empeñan en acercarse a ellas pueden apreciarlas y ver su luz.

Los Cazadores de Luz nos reunimos todos los lunes del verano. Pretextamos que el partido de futbol se va a prolongar, aunque ni siquiera llevemos una pelota en realidad. Hay algo de mágico en esto de jugar en la oscuridad: solo así se puede ver cuánto brilla la luz. Se podría decir que el negocio de Luciano iba viento en popa el verano pasado. Los recolectores (que se encargan de la comida) y los que atrapan (que se encargan de las luciérnagas) habíamos tenido una buena racha. El lunes de la tercera semana del verano pudimos reunir doce botecitos con tres luciérnagas cada uno. Era un verdadero récord en nuestra cadena de producción. Acelerando el paso, antes de que las mamás nos llamaran, ayudamos a Luciano a subir los botecitos a su habitación, mientras calculábamos a cuánto dinero o dulces equivaldría una venta de tales proporciones.

Para los recolectores, la ganancia sería de 2.40, y para los que las atrapaban, de 3.00; nada mal para ser solo el comienzo de las vacaciones. Después de colocar cuidadosamente todos los botes dentro del cajón, bajamos al jardín justo a tiempo para el llamado a la

cena. Entonces, me percaté de que Antonella se había quedado rezagada hablando con Alf. Después de Pedro, Alf es el más grande del grupo, y además es un chico interesante. Ha perdido dos veces la clase de Matemáticas, y, sin embargo, lleva las cuentas del negocio de los Cazadores de Luz, pues es muy inteligente. Le gustan los charcos que se forman cuando llueve, los carritos chocones y las pecas de Antonella.

El día posterior a nuestra gran recolección, nos reunimos a jugar en el jardín, como de costumbre, pero esta vez sí llevamos la pelota. Vicky y Pedro se habían ido a trabajar a la relojería, y a Alf no le dieron permiso de salir ese día (no sabíamos por qué). Así que el equipo de Cazadores de Luz se había reducido. Cuando Luciano pateó la pelota en dirección a mí, tropecé con un montículo de arena y caí de boca frente a un montón de tierra y lodo. Nos pareció raro que hubiera tanta tierra amontonada ahí y que no la hubiéramos visto antes. Así que empezamos a cavar, ya que dedujimos que algo estaba enterrado debajo de aquel promontorio.

El calor del mediodía comenzaba a hacer mella en nosotros. Así que aunque escarbá- bamos y escarbábamos con ambas manos, no encontrábamos nada. De pronto toqué lo que parecía una caja de madera. Luciano me ayudó a alcanzarla y, cuando por fin quitamos toda la tierra de encima, nos encontramos con algo inesperado: un ataúd cuadrado, que guardaba una colección de más de 10 bombillos. Y aun- que no podíamos contener la admiración, es- peramos que llegaran los demás para ponerlos al tanto.

Ojalá ese hubiera sido el evento más im- portante e inesperado del día, pero no fue así. Esa noche, cuando Luciano abrió la gaveta del ropero, los botecitos con las luciérnagas ha- bían desaparecido.





5

**LA FE QUE
FLORECE EN
FLORENCIA**

La fe que florece en Florencia

Florencia acaba de terminar sus estudios universitarios. Vive en el piso doce, un piso especial porque tiene más ventanas que todos los demás. Los inquilinos aseguran que para Florencia ha sido muy conveniente. Afirman que es una científica con un gran futuro. Se la pasa horas y horas haciendo experimentos y quemando cosas en el piso que está justo debajo del mío. A diferencia de todos los adultos, Florencia baja y sube las escaleras y no usa el ascensor; por eso la veo muy a menudo. Tiene el pelo rizado y alborotado, y su vestimenta no se parece a la de los científicos de las películas viejas de la televisión, porque ella siempre lleva puestos coloridos vestidos con flores (¡aun en pleno invierno!). Además, le gusta tararear canciones mientras baja por las gradas.

De la puerta de Florencia cuelga un rótulo que dice: «Fábrica de Preguntas». Escuché que, cuando ella era niña, preguntaba sin cesar. Eso es increíble, ¿no? Sobre todo ahora, cuando las preguntas han pasado de moda. En estos días, las respuestas son lo importante, y estas se encuentran a un clic de distancia. De tal manera que todo mundo tiene respuestas. ¿Lo han notado? Respuestas por aquí, respuestas por allá. A muchos les da risa que no sepas la respuesta cuando todo se encuentra al alcance de tu teléfono inteligente.

Según dicen, las preguntas fueron «la gran cosa» en su tiempo, y la gente que las hacía realizaba descubrimientos y vivía una vida más plena y feliz. En cambio, ahora le da pena hacer preguntas, y no sé muy bien por qué. Espero que eso de tener todas las respuestas sea solo una moda pasajera, que sea olvidada un día y se remplace por algo mejor. Creo que las preguntas son más interesantes.

En fin, como les iba diciendo, Florencia es controversial (e interesante) por su hábito de preguntar. Desde que se ganó esa fama en la niñez, esta se consolidó en la escuela, en la

universidad, los pasillos, el apartamento, el parque, la terraza... Preguntaba de todo donde estuviese: «¿Qué sería de nosotros si no existiera el tiempo? ¿Tiene cada persona un destino predeterminado? ¿Cómo sería nuestra existencia si todo el dinero estuviera en manos de una sola persona? ¿Cuándo viajaremos por primera vez a Marte? ¿Qué pasaría si mezcláramos ácido carbónico con ácido plúmbico? ¿Es posible que solo estemos viviendo una realidad virtual? ¿Qué pasaría si todos los océanos del mundo desaparecieran al mismo tiempo?». Y así hasta nunca acabar... Siempre planteaba sus preguntas con absoluta seriedad. Supe que Florencia envió la semana pasada su solicitud para ser una de las primeras personas que se mudarán a Marte en la nave que despegará el próximo verano. ¡Muchos piensan que es una locura! Pero así es ella.

Aquel aciago día hubo en el edificio Adival una fuga de agua en mi piso y en el de Florencia. Era apenas un goteo insignificante. Florencia iba para la calle y nos topamos en las escaleras.

—¡Hola! —me dijo mientras se quitaba los audífonos (entendí entonces por qué tarareaba todo el tiempo).

—Hola —le respondí.

—Me llamo Florencia. ¿Qué tal van tus vacaciones? —preguntó.

70 —No me quejo —contesté, todavía un poco dolida por la pérdida de las luciérnagas.

—Es cierto. Me enteré de lo que pasó —respondió con un leve aire de preocupación.

—¿Y tú, qué haces? —le dije—. ¿Fabricas preguntas?

Florencia sonrió.

—Bueno, ahora que lo pienso, creo que sí —dijo—. Fabrico preguntas y luego las convierto en experimentos.

—¿Qué clase de experimentos?

—Ahora mismo estoy trabajando en un reactor químico que permitirá que las plantas crezcan sin agua.

—¡Vaya! ¿Y cómo logras eso?

—Leyendo muchos libros e investigando mucho. Pero, sobre todo, no dejo de preguntar.

—A mí también me gustan las preguntas —respondí con un dejo de duda—, pero no sé

qué tan buena soy para hacerlas —dije mientras Florencia me veía fijamente.

—El mundo está hecho para hacer preguntas —me dijo—, pues solo cuando se duda se aprende a creer.

Esto tenía sentido. Pensándolo bien, el que todas las respuestas estén al alcance de un clic con enorme facilidad talvez no sea del todo cierto. Entonces, pensé en preguntas que parecen no tener respuesta.

—¿Y en qué creen los científicos? —le pregunté a Florencia, siguiendo la conversación.

Florencia hizo una larga pausa.

—Creemos que el conocimiento es imperfecto, así que debemos tener fe.

—¿Fe?

—¡Sí, fe! Hace falta creer en lo que no se puede ver.

—¿Y cómo se consigue esta fe de la que hablas? —le pregunté intrigada.

—Creando con la misma fuerza con que se duda —me respondió viendo su reloj—. Voy un poco tarde y tengo que correr, pero visítame cuando quieras —me gritó mientras se alejaba—. ¡Estoy en el doce!

El vestido floreado de Florencia parecía bailar mientras ella bajaba las escaleras.

—Por cierto —me dijo, mientras volvía a ver hacia arriba—, para despejar tu duda: sí haces muy buenas preguntas.

Florencia se alejó con rapidez para alcanzar el autobús y yo me despedí agitando la mano desde las escaleras. Me encaminé a mi apartamento, abrí la puerta, y, de repente... ¡flooooooshhh! Un torrente de agua salió con gran ímpetu. Entré como pude, casi nadando entre los muebles. El agua me llegaba a la cintura.

A diferencia de lo que pensamos al principio, la fuga de ese día en el edificio Adival era mucho más grave. Se escucharon unos sonidos muy extraños en todo el edificio, los que fueron en aumento, como el crujir de grietas abriéndose camino. El edificio parecía hablar. Entonces, de repente, más fisuras comenzaron a abrirse en el techo y, en cuestión de segundos, una segunda catarata se precipitó con gran estrépito, inundando mi piso y el de Florencia y supongo que también el resto de pisos pero no puedo asegurarlo.

Su computadora, sus libros, sus libretas de apuntes y sus papeles quedaron todos sumidos bajo el agua. La tinta de los cuadernos empezó a correrse y a formar espirales multicolores. La computadora quedó inservible. Toda la investigación de quién sabe cuántos años se ahogó en la profundidad de las aguas.

Florencia retornó esa tarde, luego de una llamada urgente de don Félix, quien le informó así lo sucedido. Yo había corrido a su apartamento en un intento por salvar algo, pero ya era muy tarde. Cuando la vi cruzar el umbral de su puerta, no pude distinguir entre el agua de la enorme fuga y sus lágrimas.





9

EL AGUA MÁGICA DE CHINAJÁ

El agua mágica de Chinajá

Después de todos los acontecimientos que ya he referido, los vecinos del edificio Adival comenzaron a tomar muy en serio todo este asunto de las cosas perdidas. Un profundo misterio envolvía el hecho de cómo lo de más valor para los inquilinos comenzaba a perderse. Algunos podrían llegar a pensar que se trataba de nimiedades, pero yo les diría con seguridad que se trataba de posesiones importantes. Los adultos hablaban de una bicicleta, un reloj, unos cuantos frascos de vidrio, de una computadora... Pero nosotros sabíamos que se había extraviado algo más valioso. Se habían perdido los sueños, la libertad, el tiempo, la luz, la fe... de todas esas personas. ¿Quién se escabullía por allí solo con el propósito de hurtar todas estas cosas? No cabía duda de que era un experto en lo que hacía.

Como era domingo, mis amigos y yo resolvimos descifrar el misterio. Primero colocamos las pistas sobre el tapete: ¿qué tenían en común todos los bienes desaparecidos?, ¿por qué desearía alguien poseerlos?, ¿quiénes eran los principales sospechosos? Todos deseábamos opinar, así que aquello era una verdadera molotera. En esas estábamos cuando Nicoleta, la enfermera de la señora Estévez, salió por la puerta delantera del edificio, la que da al jardín.

—¿Qué hacen ustedes tan entretenidos?
—preguntó.

—Intentamos resolver el misterio de las cosas perdidas —dijo Vicky, quien la conocía mejor que el resto de nosotros.

Nicoleta guardó silencio y nos observó de pies a cabeza.

—¿Y qué tienen en mente hasta ahora?

—Creemos que... —se apresuró Antonella.

—¡Shhh! —se interpuso Pedro, tapándole la boca a Antonella—. No sabemos nada todavía, Nicoleta.

Nicoleta sonrió. Parecía saber algo que los demás desconocíamos.

—Si las cosas desaparecen, talvez no quieren ser encontradas —se limitó a sentenciar—. La enfermera metió las manos en la bolsa de su chaqueta y siguió su camino en dirección a la parada del bus.

Nosotros nos mirábamos estupefactos.

—¡Ella sabe algo! —gritó Antonella.

—Es obvio —refrendó Luciano.

—Talvez sea la culpable —conjeturé ras-cándome con una mano la barbilla.

—¡Imposible! —aseguró Vicky—. La enfermera Nicoleta sería incapaz.

Nos enfrascamos en tremenda discusión; nadie oía al otro, así que empezamos a gritar. De repente, una camioneta multicolor se detuvo frente al edificio, y un hombre de botas y sombrero se bajó de ella y caminó hacia nosotros.

—¡Tío Ignacio! —gritó Antonella, mientras corría a abrazarlo.

Ignacio Rionevado es un señor muy respetado en nuestro edificio. Todos en Adival quisieran vivir en el campo como él. El tío de Antonella regresa a la ciudad muy de vez en cuando, «para no desacostumbrarse a la locu-

ra», como dice él. De los que han puesto pie en este edificio, Ignacio es de mis favoritos. Siempre nos cuenta sus aventuras en «el exterior» y siempre nos trae uno que otro recuerdo de esas misteriosas tierras: piedritas con figuras, flores silvestres que nunca se marchitan, tierra con puntitos de brillantina, y así por el estilo. Cuando Ignacio regresa, se queda en su *abandonado* apartamento del piso 1, al lado de doña María Emilia Estévez del Campo Centenal.

En años recientes, vivir en el campo ha llegado a ser un lujo muy apreciado. La mayoría de las personas moran en la ciudad, entre edificios destartalados y calles que compiten con la Luna por tener más cráteres. ¡Ah, pero el campo! El campo es otra cosa. Dicen que allí es posible escuchar al mismo silencio. ¿Se imaginan eso? Silencio. Además, aseguran que el aire, el sol, el agua y la tierra son sagrados y mágicos compañeros. En la ciudad no hay mucho, o nada, de eso. Estamos envueltos en ruido, como una tonada permanente, una muy desagradable. Las luces de las avenidas obstruyen el paso del brillo de las estrellas. Sin embargo, aunque todo esto es desagradable,

a los adultos les gusta decir que no hay tiempo para alejarse de la ciudad, lo cual resulta incomprensible. Siempre dicen que «no hay tiempo». Tal vez por eso había sido tan trágico lo que le había ocurrido a don Radamento.

—¡Acérquense, niños, que esta vez les traje algo muy especial —dijo Ignacio.

Lo rodeamos olvidando nuestra seria conversación acerca de las cosas perdidas.

Ignacio sacó de su mochila un botecito de vidrio.

—Es un bote de café —nos dijo—; bueno, lo *era*. Tan solo lo usé para despistar.

—¿Qué hay dentro? —preguntamos sumamente intrigados.

—¿Un gusano multicolor? —preguntó Antonella.

—¿Semillas mágicas? —dijo Vicky con gran curiosidad.

—¿Polvo de estrellas? —agregó Luciano con completa seriedad.

Ignacio giró la tapa del botecito con gran lentitud. Nos hizo acercarnos más para que nadie pudiera ver el contenido. Dio vueltas a la tapadera con mucho cuidado, como si cada

movimiento tuviera que calcularse con extrema precisión. Se secó el sudor de las manos sobre el pantalón antes de continuar, respiró profundamente y por fin lo abrió.

82 Ignacio no venía desde hacía tres años y medio a la ciudad. En todo ese tiempo había presenciado cuatro eclipses y contado setenta y siete cometas. También había identificado 128 especies de aves y 24 de reptiles. Además, se había hecho amigo de gente de más de 16 comunidades distintas. Y luego, en el patio del edificio Adival, quitándose el sombrero, rodeado de nuestros ojos inquietos, Ignacio nos mostró el botecito y dijo con mucha solemnidad:

—Agua.

—¿Agua? —repetimos todos totalmente conturbados.

—No cualquier agua —dijo Ignacio—; es el agua de las pozas de Chinajá.

Todos nos quedamos perplejos y un tanto azorados. Habíamos oído la leyenda. Las noticias del campo siempre encuentran una manera de llegar a la ciudad. Tal vez vienen empujadas por la fuerza del viento; o tal vez

la gente habla demasiado. El caso es que todos en Adival sabíamos de la leyenda de Chinajá, que en palabras de Ignacio iba más o menos como ahora procedo a relatar:

En un paraje recóndito de la sierra de Chinajá, una pequeña cordillera ataviada de verde, existe una laguna de cristalinas aguas. La sierra de 135 kilómetros cuadrados es reconocida por su gran belleza: en época seca, los rayos del sol se reflejan en las copas de los árboles; y en temporada de lluvias, estas envuelven a esas pequeñas montañas con una capa de agua transparente. Pero no solo es su belleza lo que ha hecho de Chinajá un lugar tan conocido. Lo más importante es que en su corazón se esconde un gran secreto.

Todo empezó años atrás, cuando un grupo de pescadores llevaba tres días caminando en busca de la laguna cristalina. Dicen que su agua es tan transparente que cualquier hombre que se mire en sus aguas podrá ver reflejado en ellas su destino. Aunque estaba oculta entre las montañas, después de seguir un pequeño sendero, los pescadores finalmente la hallaron.

El primer hombre que se inclinó para verse reflejado en el agua quedó sorprendido. Al principio nada sucedía, pero entonces el agua comenzó a formar pequeñas olas. Luego, una a una, empezaron a desaparecer y lo único que quedó del lago fue una superficie lisa, como una sábana azul. El hombre se acercó y reconoció en el agua su propio reflejo, justo como la leyenda indicaba.. Era el de un hombre rodeado por una familia delante de una casita de madera. Una lágrima resbaló por su mejilla, pues no veía a su familia desde hacía muchos años, y para entonces moraba de manera precaria en una champita improvisada que había levantado en medio del bosque. Después de observar la imagen, supo que estaba destinado a algo mucho más grande. Sonrió feliz y les gritó a los demás para que se acercaran a ver sus propios reflejos.

Lo mismo les aconteció a todos los hombres que llegaron a la laguna. Primero las olas, luego la calma, y por último su reflejo. Ese día, todos vieron en el agua algo que les gustó. Se dieron cuenta de que les esperaban cosas grandes, y que el destino de todos era prome-

tedor. Durmieron felices, confiados en que les esperaban días mejores, e incluso olvidaron el hambre y la sed de tres días. No atraparon un solo pez y se quedaron dormidos.

A la mañana siguiente, cuando los hombres se preparaban para emprender el regreso, uno de ellos tuvo una idea: «¿Qué tal si nos lleváramos un poco de agua de la laguna cristalina? Cuando la gente se entere de que es capaz de conocer su destino en ella, todos querrán comprar de esta agua, y nosotros ganaremos mucho dinero».

Algunos dudaron, pero el solo pensamiento de obtener mucho dinero terminó por convencerlos. Vaciaron las botellas en las que llevaban agua corriente y las llenaron con agua de la laguna cristalina. No obstante, cuando emprendieron el camino sierra abajo, notaron que los senderos por donde habían subido ya no estaban. En su lugar habían crecido nuevos árboles, con grandes ramas que obstruían el paso.

Los pescadores intentaron encontrar el camino de vuelta, pero no lo lograron. Un grupo de cafetaleros los encontró unas semanas

después, deshidratados y a punto de morir. Se dieron cuenta de que cuando alguien intentaba extraer algo de la montaña, esta cobraba vida y les impedía hallar el camino de retorno.

Ignacio finalizó su relato. Hubo silencio... y todos elucubraban sobre cómo él había podido traer el botecito de agua desde Chinajá.

86

—¿Cómo lo hiciste? —le preguntamos todos a coro.

—Logré encontrar el camino —respondió él con desparpajo—. Cuando llegué a la laguna, no me incliné para ver mi reflejo. No existe tal cosa como la predestinación. Nosotros forjamos nuestro destino.

—¿Y cómo lo hacemos exactamente? —pregunté muy interesada.

—Nuestra vida no es un libro concluido. Es, más bien, uno con muchas hojas en blanco sobre las cuales nosotros debemos escribir —siguió—. ¡Pero cuidado! Si no se fijan bien, alguien más puede terminar escribiendo su historia por ustedes, agregando y quitando los capítulos que se le antoje, y dejando fuera un puñado de personajes interesantes. No deben permitir que otros decidan por ustedes.

En este momento, los lectores quizás piensen que el botecito con agua de Chinajá pasó a formar parte de los objetos hurtados por el misterioso ladrón del edificio Adival. ¡No! Nada de eso, la historia no continúa de esa manera. ¿Y saben por qué? ¡Porque ese día acaeció un temblor en el edificio! Sí, solo en nuestro edificio. Fue lo más extraño del mundo. Ignacio apenas terminaba de relatarnos la leyenda de Chinajá cuando el suelo empezó a sacudirse. Al principio fue un movimiento leve, pero luego de unos segundos adquirió más y más intensidad.

No tardó en correr don Félix, el conserje. Subió despeitado desde el sótano cargando consigo sus escobas y limpiadores. Poco después, las familias salieron una a una del edificio. Doña Polenta primero, con los nervios de punta. Los papás de Vicky y Luciano se dieron un cabezazo en las gradas; don Radamento, quien *no encontraba las horas* de salir, se apresuró al pasillo; doña María Emilia Estévez del Campo Centenal, con sus 101 años a cuestas, fue la última, con enorme paciencia y a paso lento.

Todos bajaron las gradas tan turbados que olvidaron por completo el décimo escalón, el que está flojo y a punto de romperse. De manera inexplicable, no le pasó nada a nadie. Era como si el edificio, de forma intencional, hubiera mantenido el escalón firme a pesar del tremendo ajeteo. ¡Pero esto no podía terminar ahí! Ignacio corrió presuroso en ayuda de doña María Emilia y, al hacerlo, tropezó con un enorme escarabajo del tamaño de un girasol. El frasquito que contenía el mágico líquido procedente de la maravillosa sierra de Chinajá voló por los aires y terminó regando el jardín del edificio Adival. Finalmente, todos estábamos reunidos en el diminuto patio. El suelo dejó de temblar de inmediato.

Por primera vez en muchísimos años, todas las familias del edificio Adival se encontraban en el mismo sitio. Algunos, muy sorprendidos, nos observábamos uno al otro, como si a pesar de vivir en el mismo edificio nos viésemos por primera vez. Esto había superado al

momento en que la mayoría de vecinos había acudido a consolar a don Segismundo. Esta vez nos había unido un miedo en común.

Nos dividimos para inquirir de los vecinos sus impresiones del temblor. Mayúscula fue nuestra sorpresa cuando nadie, ni a diestra ni a siniestra, dijo haber sentido el movimiento de tierra. El Adival se había agrietado un poco con todo el merequetengue, pero el edificio verde moco del centro de la ciudad, por ejemplo, no tenía ni un rasguño.

Fue entonces cuando escuché voces provenientes de la alcantarilla, justo debajo del edificio. Era una voz familiar, como la de don Segismundo. Me acerqué y agucé el oído, pero el estrépito de los carros y de las camionetas me impedía reconocer aquella voz. Un niño de gorra roja pasó caminando frente al edificio sin inmutarse y la sombra de una mujer se proyectó contra el edificio Adival. Todos comenzaron con sus peroratas en busca de conjeturas.

7

LA
IMP
LAC
ABLE
BÚS
QUEDA
POR
ALGUNAS
CON
SO
NAN
TES
O UNA
VO
CAL



La implacable búsqueda por algunas consonantes o alguna vocal

Nota importante: Para leerse aprisa, antes de que las palabras desaparezcan.

93

Ocurrió apenas tres días después del temblor: las primeras letras desaparecieron. Yo leía plácidamente en la terraza del edificio, porque, por supuesto, ahí llega mucha más luz del sol. De improviso, las palabras del libro comenzaron a brincar traviesas entre las líneas de los párrafos, ansiosas por escapar al mundo. Entonces, ¡zaz! Sucedió la tragedia. Las palabras comenzaron a desaparecer una por una. Cerré los ojos con fuerza y volví a abrirlos, incrédulo, para verificar que todo esto no era producto de mi infantil imaginación. Pero no, descubrí con estupor que las letras del libro se habían esfumado de una manera altamente veloz.

En la terraza, como si fuese un pobre vago despatarrado, el diario anunciaba las noticias con fotos coloridas, pero los titulares y las historias se habían difuminado. Hojeé el resto, y mientras lo hacía comencé a pensar que me estaba volviendo loca. En cada una había fotografías, pero nada más, que flotaban en medio de páginas blancas que habían perdido su esencia.

Las palabras habían desaparecido.

Incrédula y presa de una gran desazón, con corazón impaciente bajé a toda prisa las escaleras hasta llegar a mi piso: el trece. Aunque en nuestro apartamento hay repisas con libros en cada esquina, yo no quería más que rescatar los que me pertenecían, hojearlos y asegurarme de que todo aquello no era más que una broma de mal gusto.

Al llegar a mi cuarto tomé el primer libro a la vista, el que reposaba sobre un gran baúl antiguo de madera: *Cien años de soledad*, de Gabriel García Márquez. Busqué apurada por la impaciencia en la primera página, esperando encontrarme con las palabras «Muchos años después, frente al pelotón de fusilamien-

to, el coronel Aureliano Buendía...». ¡Nada! Revisé las páginas siguientes y tampoco había palabras. El libro estaba completamente en blanco. Repetí esta acción con muchos libros más, solamente para decepcionarme: la bella tipografía impresa con tinta negra que daba vida a las historias había desaparecido.

Bajé las escaleras con extrema rapidez, saltándolas de dos en dos con tal de alcanzar pronto la primera planta del edificio Adival. Tragué una bocanada de aire fresco y toqué a la puerta del apartamento del primer piso, el de doña María Emilia Estévez del Campo Centenal.

Doña María Emilia suele refunfuñar, es regordeta y anticuada, y ha vivido tanto que no parece sorprenderse con nada. Cuando abrió la puerta, llevaba unos tubos rosa metidos entre el cabello, vestía un camisón celeste con flores y tenía puestas unas pantuflas que parecían apretarle los pies.

—¿Ya vio el periódico esta mañana? —le pregunté sin mediar saludo, con una pregunta que seguramente le pareció ridícula en esas circunstancias.

—¡Yo no leo el periódico desde hace 20 años! —me contestó, dejándome con un palmo de narices.

Toqué de nuevo, esta vez el timbre, al lado de la puerta, y volvió a abrir de muy mala gana. Recogí uno de los muchos periódicos que se apilaban en su pórtico y se lo puse en la cara. Doña María Emilia cogió sus lentes de la mesita del recibidor. Se los puso. Vio el periódico. Me vio. Volvió a mirar el periódico. Y me dijo:

—¿Pero es acaso esta una broma de mal gusto?

Aliviada al comprobar que no era la única que veía lo que hasta entonces pensaba que era una alucinación, le agradecí con un gesto informal y me apresuré para llegar al recibidor del edificio Adival, pues nadie ignora que es un lugar mágico. ¿Por qué? Ahora les explico.

Hace varios años, a algún inquilino se le ocurrió clavar una repisa para que todos dejaran los libros que ya no leían y que, a cambio, tomaran algún otro. Desde entonces, los del edificio hemos reunido nuestra propia pequeña colección.

Cuando llegué al recibidor y abrí la puerta, ya había allí muchas caras conocidas: ofendidas, preocupadas, tristes... Me paseé entre la gente para enterarme de qué decían. La abogada del piso cinco lamentaba no poder leer la evidencia de sus casos; el programador de computadoras del diez no podía escribir una sola línea de código; y no hablemos de la profesora universitaria, de los dos economistas, el poeta y la investigadora.

Doctores, escritores, soñadores, músicos, científicos, docentes, alumnos, niños, jóvenes, ancianos..., personas de toda ocupación y color de piel buscaban con afán entre los pocos libros de la repisa del recibidor algún indicio de escritura: dos puntos, una coma, una consonante, alguna vocal... pero sus esfuerzos eran completamente inútiles.

El edificio Adival se sumió en una penumbra manchada de blanco, en una página vacía, en una historia a medio contar. Algunos perseverantes desafiaron lo inexplicable y se sentaron por largas horas a escribir con tinta indeleble en cuadernos, servilletas y computadoras, para descubrir con aflicción que las

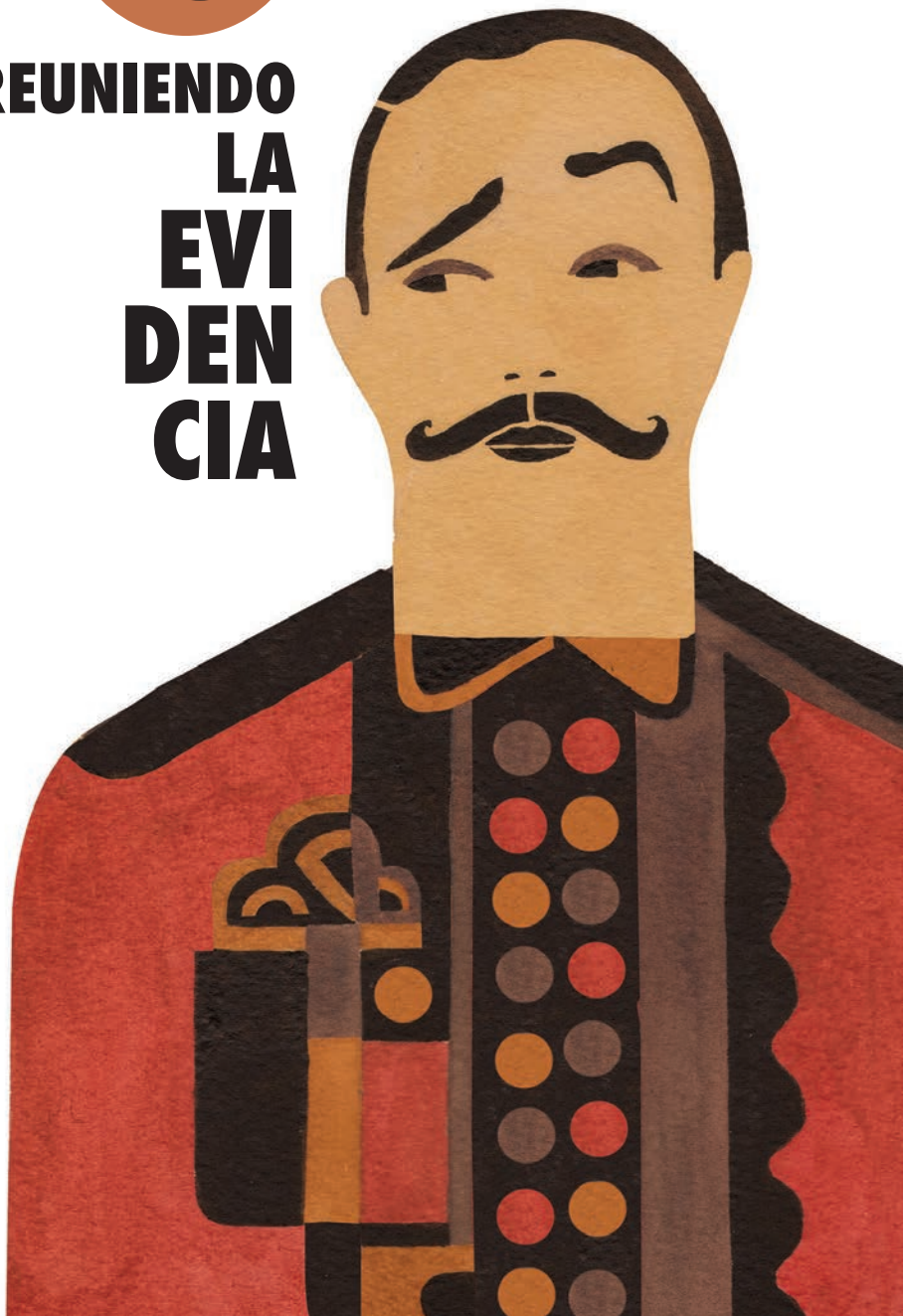
letras desaparecían casi de forma instantánea mientras las escribían.

98 Así, pues, se quedaron los médicos sin recetas, sin rimas los poetas, los periódicos sin noticias, las partituras sin pentagramas y sin estribillo la canción. Mientras tanto, yo intentaba memorizar con ahínco estas líneas que nunca podría escribir. Las líneas que me harían recordar aquella trágica tarde.

Por si fuera poco, la chimenea del edificio Adival no dejó de arrojar humo aquel día. Por un instante se me ocurrió que el edificio manifestaba su descontento a causa de quién sabía qué. ¡Pero qué tontería pensar algo así! A eso de las seis, don Félix pasó la escoba en el recibidor, y todos nos fuimos a nuestros apartamentos rascándonos la cabeza, porque el extraño fenómeno no había ocurrido en ningún otro rincón de Ponteverde. Solamente aquí.



**REUNIENDO
LA
EVI
DEN
CIA**



Reuniendo la evidencia

Por lo tanto, sin poder valerme de la palabra escrita, no me quedaba más remedio que hacer un recuento mental de los hechos. Los Cazadores de Luz pretendíamos encontrar al culpable. ¿Los sospechosos? En realidad podía ser cualquiera. Antonella se decantaba por doña Polenta. Sí, leyeron bien, la esposa de don Segismundo. Después de todo, ella era la única en el lugar de los hechos durante el primer robo, cuando los sueños de su esposo desaparecieron. Luciano y Vicky estuvieron de acuerdo con esa conjetura, pero yo no estaba tan segura.

¿Qué me dicen de Alf? Era el único a quien «no le habían dado permiso» de salir a jugar, justo el día cuando hallamos enterrados los bombillos y desaparecieron las luciérnagas. Eso resultaba bastante curioso.

Pedro sugirió otra sospechosa: la enfermera Nicoleta. Argumentaba que ella había consolado a Vicky en las gradas del edificio poco después de que desapareciera Elena; y además, había acudido a preguntarnos misteriosamente qué hacíamos cuando intentábamos resolver el misterio en el jardín.

104

Recordamos sus palabras de ese día: «Si hay cosas que desaparecen, tal vez no quieren ser encontradas», evidente y clásica línea del potencial autor de un crimen.

En lo que respecta al reloj de don Radamento, me dio mucha pena decirlo, pero Pedro resultaba sospechoso en gran medida. Solo él sabía que don Radamento guardaba su reloj en una cajita fuerte que siempre era vigilada por 15 serpientes, tres perros bravos y un mono aullador.

—¡Eh! ¡Epa! Momentito —dijo Pedro—. Yo me encontraba en la relojería en la Plaza Descartes cuando el reloj desapareció.

Pedro tenía un buen punto a su favor.

¿Y qué había de los casos de Florencia y del tío Ignacio? Todo apuntaba a un claro culpable. La única persona que había estado pre-

sente en cada una de las desapariciones. El único que conocía el edificio de pies a cabeza era don Félix. Estuvo ahí para ofrecerle condolencias a don Segismundo, se hallaba en el sótano cuando desapareció la bicicleta, se le vio entre el tumulto de gente cuando robaron el reloj de don Radamento, y en las escaleras del edificio cuando desaparecieron las luciérnagas; además, barría el recibidor cuando desaparecieron las letras. Fue él quien llamó a Florencia cuando su piso y el mío se inundaron. Y cuando Ignacio Rionevado llegó a la ciudad, ¿adivinen quién lo ayudó a bajar el equipaje? Estaba tan claro como el agua de la laguna de Chinajá: el culpable era don Félix.

Sin embargo, no todo era así de sencillo y simple. Lo supe porque, al día siguiente, don Segismundo tuvo un sueño.



LA VIDA



La Vida

Esa noche, don Segismundo volvió a su habitación con el cuerpo adolorido debido a los acontecimientos de los últimos días, el ajeteo suscitado por el temblor y la consternación en la que a todos había sumido el misterio de las palabras desaparecidas. Se las había arreglado para mantenerse optimista, pues la vida sin sueños es vacía y aburrida. Se quitó las pantuflas, acomodó la almohada y se tumbó en la cama.

109

Como a eso de la medianoche, don Segismundo despertó, salió por la puerta y bajó por las gradas al primer piso del edificio Adival. Esa noche no había luna, y la oscuridad inundaba calles y avenidas. Don Segismundo se movía muy despacio, con pasos cortos a fin de no tropezar en medio de la noche. De pronto, algo dentro del edificio pareció moverse. Una

puerta rechinaba y crujía a lo lejos. Los sentidos de don Segismundo se alertaron.

Craaac...

110 Don Segismundo siguió el sonido, mientras trataba de palpar algo conocido en las tinieblas. Apoyándose contra las paredes, se fue aproximando más y más a la fuente del crujido hasta que, finalmente, una puertecita de madera se abrió ante él y, al cruzarla, quedó impactado por lo que vio.

Una bicicleta roja estaba apoyada contra la pared, un pequeño reloj de bolsillo daba la hora sobre una mesita, doce frascos de luciérnagas alumbraban el camino para que don Segismundo pudiera ingresar en la oscuridad y una torre de papeles reposaba sobre una mesa azul marino, junto a una computadora. Al lado de lo que parecía un baúl, un botecito lleno de agua cristalina brillaba titilando, y no una, ni dos, sino tres librerías del tamaño de un elefante asiático rebosaban de libros, almanaques, diarios y periódicos. ¡Y estos sí estaban llenos de letras! Ahora bien, a pesar de que don Segismundo lo había encontrado todo, una extraña sensación recorría su inte-

rior, como si presintiese que todo aquello no era lo que estaba buscando.

Cuando estaba a punto de salir de aquel misterioso cuarto, observó una palabra escrita sobre el piso de madera:

«Adival». Entonces la leyó en sentido inverso y exclamó: «¡La vida!».

Don Segismundo subió las escaleras tan rápido como pudo, pues deseaba contarles a todos lo que había sucedido. Mas, cuando estaba a punto de llegar a su piso, despertó.





EQUIPAJE
PARA EL VIAJE

10

Equipaje para el viaje

He efectuado hasta ahora un detallado recuento de algunos de los extraños sucesos de los últimos días en el edificio Adival, tal como lo hacen los detectives. Primero, lo de las tuberías. El día que los sueños desaparecieron, las tuberías se veían engrosadas, como si alguien hubiera intentado introducir algo en ellas, o espiar, de alguna manera, a don Radamento y a su esposa.

115

Por otra parte, Vicky reportó haber visto que el edificio le guiñaba cuando paseaba en la bici de Martín. Las ventanas no se cierran solas. No las del edificio Adival, que ya están atoradas debido a la herrumbre de las bisagras y al paso de los años. ¿Y qué me dicen del día cuando desapareció el reloj de don Radamento? Mientras Vicky bajaba por las escaleras del edificio, las luces se encendían y apagaban

de manera muy misteriosa. ¿Quién era el responsable de todo esto? Tuberías que cambian de grosor, ventanas que se cierran, luces que se encienden y se apagan.

116

¿Por qué encontramos un montón de bombillos enterrados en el jardín? Mi principal sospechoso seguía siendo don Félix, pues él insistía en afirmar que no tenía una escalera que le permitiera cambiar el foco. No obstante, me acerqué a espiar el cuarto de consejería, y una escalera de doce peldaños descansaba contra la pared. El sospechoso, sin duda, tenía que conocer muy bien el edificio. Ese ataúd lleno de focos permaneció bien enterrado durante muchos años, porque aunque solemos jugar en ese jardín, nunca nos habíamos topado con ese montículo.

Ahora analicemos lo que ocurrió en los pisos doce y trece, donde Florencia y yo vivimos. ¿Una fuga de agua que solo afecta a dos pisos y no a todo el edificio? Es posible, pero la fuga había sido grave y, aun así, aunque el piso de Florencia se inundó, el once, que está debajo del suyo, no recibió una sola gota de agua. Y aunque las grietas que se abrieron en las pa-

redes ese día eran espeluznantes, el resto del edificio permaneció intacto.

Luego se produjo el temblor, el décimo escalón no se movió durante el ajetreo y el resto de la ciudad descansó en total tranquilidad mientras el Adival se mecía. Por si fuera poco, el día en que las letras desaparecieron, la chimenea del Adival comenzó a funcionar a todo vapor después de estar apagada durante cincuenta años. ¿No era todo esto demasiado extraño?

117

Grietas que se abren, fugas que inundan dos pisos (pero no tres), un temblor que solo se siente en nuestro edificio y una chimenea que echa más humo que mi padre cuando está molesto. Ante todos los hechos expuestos nada era concreto y los vecinos externaban opiniones divergentes.

Don Félix nunca admitió la culpa por ninguna de estas pérdidas y creo que todos estaban siendo un poco duros con el anciano. En realidad, cualquiera en el edificio podía ser el culpable. Incluso alguno de los Cazadores de Luz. ¡Caramba! ¿Podría ser alguno de nosotros, Antonella, Luciano, Pedro, Vicky? ¿Po-

dría incluso haber sido Florencia? Había demasiadas opciones y mucha incertidumbre.

118

O tal vez los sueños de don Segismundo realmente se escaparon a través de las tuberías. Tal vez querían encontrar nuevos horizontes, o se sentían un poco solos. ¿Y qué tal si don Segismundo había optado, inconscientemente, por dejar de soñar? En realidad, no lo sabemos. ¿Qué hay de la bici? Vicky había logrado disfrutar de un momento de auténtica libertad; pero la libertad no es permanente. Es fácil llegar a ser esclavos de nosotros mismos si no escogemos los caminos correctos. La verdadera libertad tiene que buscarse con constancia.

En cuanto al tiempo... Bien lo dijo don Radamento: «Puedes vivirlo, disfrutarlo, perderlo, o ignorarlo. Pero está ahí. Y como muy pocas cosas en la vida, si lo pierdes, ya no lo puedes recuperar». Tal vez don Radamento empezó a perder el tiempo. No fue solo su reloj, sino el tiempo mismo, esparcido entre las calles y avenidas, buscando alguna guarida donde lo apreciaran un poco más. El tiempo se estima cuando uno se divierte con él. Al

menos eso pienso. Todo tiempo que no se disfruta es tiempo perdido.

Y la luz. Cada quien brilla con luz propia. Tal vez alguien escondió las bombillas para que aprendiéramos a apreciar la oscuridad, y para que viéramos, en medio de nada, la verdadera luz que cada quien lleva consigo.

Florencia perdió su investigación de años. Todo su esfuerzo, sus creencias y sus ideas se resumían en los papeles y archivos de computadora que se echaron a perder tras la inundación. Pero la fe no se debe limitar a lo que apuntamos en un papel. La fe se lleva con uno a todas partes. Y si algo se quebranta en el camino, hay que creer con más vigor. Y después dudar. Creer y dudar. Todavía no entiendo muy bien cómo hacer ambas cosas a la vez, pero tengo la certeza de que forman una receta de vida que funciona.

¿Y la predestinación? Yo creo que no existe. Ignacio Rionevado logró salir de la sierra porque no se interesó por conocer qué le deparaba la vida. En vez de eso, optó por abrir sus propias brechas. Por eso, la cordillera no le impidió regresar, y aunque el agua terminó

por caer sobre el jardín del edificio, ¿qué importa al final? «El destino lo hacemos nosotros». Algo así nos dijo.

Tal vez las palabras se aburrieron de permanecer siempre atrapadas en libros que no se abrían. Poemas que no se leían. Pensamientos que no se apuntaban, o lecturas que no se interpretaban...

120

El mismísimo edificio Adival. Entendí que nunca se habían perdido simples objetos. No se extravió una bicicleta, sino la más hermosa y preciada libertad. No se trató de un reloj de bolsillo como otros, sino del invaluable tiempo. No eran unos cuantos frascos con luciérnagas, sino la brillante luz y la autenticidad de cada cual. No era un simple montón de papeles en los que se resumían los apuntes de una vida, sino la fe. No era un botecito con agua cristalina, era el destino que todos nos labramos. Y no se trataba de un montón de palabras acomodadas una detrás de otra: eran las ideas que representaban.

El edificio Adival, el Adival... la vida. La vida me enseñó que los sueños, la libertad, el tiempo, la luz, la fe, el destino y las ideas son

cosas que vienen y se van. Cosas que se pierden. Que se recuperan. Que se encuentran. Que se viven. Si desaparecen, se persiguen. Y si se poseen, se atesoran. Y no hay que dejar de buscar, porque en ciertas ocasiones solo se demoran en llegar.

Fue así como, exactamente treinta días después de que ocurriese la primera desaparición en el edificio Adival, encontré al verdadero culpable.

121

FIN

Stefany Bolaños Madriz

Autora

Nació en la ciudad de Guatemala en 1991. Es economista, programadora y catedrática. Se graduó de Economía con especialidad en Emprendimiento en la Universidad Francisco Marroquín. Ha publicado sus artículos en Guatemala y Colombia. Es seleccionada nacional de voleibol. Trabaja en una empresa que busca fomentar la educación. Apasionada de las letras.

Juliet Mendez

Ilustradora

Nació en París en 1984. Ilustradora, diseñadora, docente. Estudió Arte en Italia, diseño en París. La docencia la llevó a la ilustración infantil y por su descendencia guatemalteca se siente comprometida a colaborar con proyectos educativos que les hablen a diferentes poblaciones.

Índice

1	El viejo que perdió sus sueños.....	17
2	El misterioso viaje de Elena.....	29
3	Quince serpientes, tres perros bravos y un mono aullador.....	43
4	El día que encontramos un ataúd en nuestro jardín.....	55
5	La fe que florece en Florencia.....	65
6	El agua mágica de Chinajá.....	75
7	La implacable búsqueda por algunas consonantes o una vocal.....	91
8	Reuniendo la evidencia.....	101
9	La vida.....	107
10	Equipaje para el viaje.....	113

Aquí acaba este libro
escrito, ilustrado, diseñado, editado, impreso
por personas que aman los libros.
Aquí acaba este libro que tú has leído,
el libro que ya eres.



ISBN:978-99-297-2334-4

www.loqueleo.com

Una serie de misterios empieza a preocupar a los inquilinos del edificio Adival, cuando algunas de sus preciadas pertenencias empiezan a desaparecer. El misterio aumenta al descubrir que muchos de los objetos hurtados son irremplazables. El ladrón ha cubierto muy bien su rastro y no ha dejado huella alguna. Aunque hay varios sospechosos, cualquiera podría ser el culpable. Haz un recorrido digno del mejor detective privado y descubre a lo largo de este libro cuáles son las cosas que verdaderamente importan en la vida. Te sorprenderá averiguar quién es el ladrón.